

J.R. WARD

C O D I C I A

Ángeles Caídos I

Traducción de Eva Carballeira

punto de lectura



Título original: *Covet*

© 2009, Jessica Bird

Edición publicada por acuerdo con NAL Signet,
miembro de Penguin Group (USA) Inc.

© Traducción: Eva Carballeira

© De esta edición:

2012, Santillana Ediciones Generales, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)

Teléfono 91 744 90 60

www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2553-0

Depósito legal: B-1.377-2012

Impreso en España – Printed in Spain

© Imagen de cubierta: Xavier Torres-Baccetta

Diseño de cubierta: María Pérez-Aguilera

Primera edición: febrero 2012

Impreso por 
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Prólogo

Demonio» era una palabra horrible. Y tan de la vieja escuela. Cuando la gente oía «demonio», se imaginaba todo tipo de caos, como en un cuadro de El Bosco; o peor aún, como en esa basura estúpida del *Infierno* de Dante. Por favor. Montones de llamas y almas atormentadas, y todo el mundo gimiendo.

Vale, puede que en el infierno hiciera un poco de calorcito. Y que si en él hubiera habido un pintor de cámara, El Bosco habría sido lo mejor de lo mejor.

Pero ésa no era la cuestión. El demonio se consideraba más un entrenador con libre albedrío. Mucho mejor, más moderno. El anti Oprah, por así decirlo.

Todo era cuestión de influencias.

La cuestión era que las características de las almas no eran diferentes a los componentes del cuerpo humano. La forma corpórea tenía una serie de órganos rudimentarios, como el apéndice, las muelas del juicio y el coxis, todos ellos innecesarios en el mejor de los casos y, en el peor, capaces de hacer peligrar el funcionamiento del conjunto.

Con las almas sucedía lo mismo. Ellas también tenían cierto bagaje inútil que les impedía funcionar como era debido, pedazos incómodos y puritanos que colgaban como un apéndice esperando a infectarse. La fe, la esperanza y el amor... La prudencia, la templanza, la justicia y la fortaleza... Todo ese amasijo inútil infiltraba demasiada maldita moralidad en el corazón, y se interponía en el camino del alma y su deseo innato de malignidad.

El papel de un demonio era ayudar a la gente a reconocer y expresar su verdad interior sin permitir que le empañase toda esa mierda de humanidad, que no hacía más que incordiar. Mientras la gente permaneciera fiel a su esencia, las cosas irían por el buen camino.

Y últimamente había sido más o menos así. Entre las guerras que había en el planeta, el crimen, la indiferencia por el medio ambiente y esa fosa séptica de las finanzas llamada Wall Street, a lo que había que añadir las desigualdades que reinaban por doquier, la cosa iba bien.

Por hacer una analogía deportiva, la Tierra era el campo de juego y el partido llevaba jugándose desde que se había construido el estadio. Los Demonios eran el equipo local. El visitante era el de los Ángeles, los proxenetas de esa quimera de felicidad, el cielo.

Donde el pintor de cámara era Thomas Kincaid, hay que joderse.

Cada alma era un *quarterback* en el campo, una participante de la lucha universal de lo bueno contra lo maligno, y el marcador reflejaba el valor moral relativo de sus hechos en la Tierra. El nacimiento era el saque inicial y la muerte era el final del partido, cuando la puntuación se añadía a una cuenta mayor. Los entrenadores tenían que permanecer en las líneas de banda, aunque podían añadir

diferentes complementos para los jugadores humanos sobre el campo para tratar de influir en la situación y también pedir tiempo muerto para arengar a los jugadores. Era lo que se conocía comúnmente como «experiencia cercana a la muerte».

El problema era el siguiente: como si se tratase de un espectador que estuviera viendo un partido de pretemporada en un frío asiento con demasiados perritos calientes en el estómago y un gritón sentado justo detrás de la oreja, el Creador estaba observando la salida.

Demasiadas pérdidas de balón. Demasiados tiempos muertos. Demasiados empates que llevaban a demasiadas prórrogas no resueltas. Lo que había comenzado como una apasionante competición había perdido, evidentemente, todo su atractivo y a los equipos ya les habían dado el aviso: id acabando el partido, chicos.

Así que ambos bandos tuvieron que ponerse de acuerdo para designar a un solo *quarterback*. A un *quarterback* y siete jugadores.

En lugar del interminable desfile de humanos, todo se redujo a siete almas situadas en la cuerda floja entre lo bueno y lo maligno... Siete oportunidades para decidir si la humanidad era buena o mala. El empate no era una posibilidad y se jugaban... todo. Si el equipo de los Demonios ganaba, se quedaba con las instalaciones y con todos los jugadores que hubiera y que llegara a haber. Y los Ángeles se convertían en sus esclavos para toda la eternidad, lo cual hacía que la tortura de los pecadores humanos pareciera un aburrimiento.

Si los Ángeles ganaban, la tierra en su totalidad se convertiría en una ridícula mañana de Navidad gigante, en una arrasadora ola de felicidad, cordialidad, bondad y con-

vivencia que se apoderaría de todo. Con ese espantoso panorama, los Demonios dejarían de existir no sólo en el Universo, sino en los corazones y en las mentes de toda la humanidad.

Aunque teniendo en cuenta toda esa felicidad y alegría, era lo mejor que les podía pasar llegada esa situación. Eso, o que les clavarán una y otra vez un palo en un ojo.

Los Demonios no soportaban la idea de perder. Simplemente, no era una opción. Siete oportunidades no eran demasiadas, y el equipo visitante había ganado el cara o cruz metafísico, así que fueron ellos los que propusieron al *quarterback* que iba a dirigir a las siete «pelotas», por así decirlo.

Ah, sí... el *quarterback*. Como es lógico, la elección de esa posición clave fue motivo de una acalorada discusión. Al final, sin embargo, acabaron eligiendo a uno, uno en el que ambos bandos estuvieron de acuerdo. Uno con el que ambos entrenadores esperaban inclinar la balanza hacia sus valores y objetivos.

El pobre imbécil no sabía dónde se metía.

La cuestión era que, sin embargo, los Demonios no estaban dispuestos a poner una responsabilidad tan trascendental en manos de un humano. El libre albedrío era maleable, después de todo, y ésa era la base de todo el juego.

Así que decidieron sacar a un jugador al campo. Iba en contra de las normas, por supuesto, pero era implícito a su naturaleza. Y era algo que sus oponentes eran incapaces de hacer.

Ésa era la ventaja del equipo local: lo bueno de los Ángeles era que nunca meaban fuera del tiesto.

No les quedaba otro remedio.

Imbéciles.

Capítulo 1

A quélla quiere algo contigo.
Jim Heron levantó la vista de su Budweiser. Al otro extremo del oscuro y abarrotado club, más allá de los cuerpos vestidos de negro y llenos de cadenas colgando, al otro lado del aire lleno de sexo y desesperación, divisó a la «aquella» en cuestión.

Había una mujer con un vestido azul de pie al lado de una de las escasas luces que había en el techo de La Máscara de Hierro, con un halo dorado flotando bajo su cabello castaño a lo Brooke Shields, su piel de marfil y su cuerpazo. Era una aparición, un toque de color que destacaba entre las sombrías candidatas neovictorianas adictas al Prozac, bella como una modelo, resplandeciente como una santa.

Y estaba mirándole a él, aunque él cuestionó la parte del interés: tenía los ojos hundidos, lo que hacía que pareciera que lo estaba analizando; el ansia que hizo que se le ralentizaran los pulmones podía ser producto, simplemente, de la forma del cráneo de ella.

¡Qué demonios!, tal vez ella sólo se estaba preguntando qué hacía él en el club. Qué hacían ambos.

—Te estoy diciendo que esa mujer quiere algo contigo, tío.

Jim levantó la vista hacia el señor Casamentero. Adrian Vogel era la razón por la que él había acabado allí, y La Máscara de Hierro era definitivamente el lugar perfecto para él: Ad iba vestido de negro de los pies a la cabeza y tenía *piercings* en sitios en los que la mayoría de la gente no querría ni ver acercarse una aguja.

—Qué va. —Jim le dio otro trago a su cerveza—. No soy su tipo.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Eres idiota. —Adrian se pasó la mano por los negros rizos de su cabeza y éstos se pusieron en su sitio como si estuvieran bien entrenados. Dios, si no fuera porque trabajaba en la construcción y era un malhablado, te preguntarías si usaba laca de pelo para rociarse los alerones.

Eddie Blackhawk, el otro tío que estaba con ellos, sacudió la cabeza.

—Que no le interese no significa que sea idiota.

—Porque tú lo digas.

—Vive y deja vivir, Adrian. Es lo mejor para todos.

Recostado en el sofá de terciopelo, Eddie tenía más aspecto de motero que de gótico con sus tejanos y sus botas militares así que, igual que Jim, él también parecía fuera de lugar; aunque con la corpulencia que tenía el tío y aquellos extraños ojos de color marrón rojizo, era difícil imaginárselo encajando con alguien más que con una panda de aficionados a la lucha: incluso con aquella larga trenza con la que se recogía el pelo nadie se burlaba de él en la

obra, ni siquiera aquellos techadores idiotas que eran unos botarates.

—Jim, parece que no eres muy hablador. — Adrian escudriñó la multitud, sin duda buscando una Vestido Azul para él. Después de fijarse en las bailarinas que se retorcían en las jaulas de hierro, se centró en la camarera que les atendía—. Y después de un mes trabajando contigo, sé que no es porque seas tonto.

—No tengo gran cosa que decir.

—Eso no tiene nada de malo —murmuró Eddie.

Ésa era probablemente la razón por la que Jim prefería a Eddie. Aquel hijoputa era otro de los miembros del Club de Hombres Parcos, un tío que nunca pronunciaba una palabra si un movimiento de cabeza o un gesto cumplían la misma función. Cómo se había hecho tan amigo de Adrian, que carecía de la posición de punto muerto en el cambio de marchas de su boca, era un misterio.

Cómo conseguía compartir piso con ese cabrón era algo inexplicable.

En fin. Jim no tenía intención alguna de descubrir los cómo, porqués y dónde. No era nada personal. En realidad era del tipo de listillos cabezotas que podrían haber sido sus amigos en otro momento, en otro planeta, pero aquí y ahora, su mierda no le incumbía en absoluto y sólo había salido con ellos porque Adrian había amenazado con seguir insistiendo hasta que lo hiciera. Conclusión: Jim vivía la vida siguiendo el código de la no vinculación y esperaba que el resto del mundo lo dejara en paz dentro de su rutina de «soy una isla». Desde que había dejado el ejército había estado vagabundeando, y simplemente había acabado en Caldwell porque había decidido parar ya de conducir; tenía pensado volver a la ca-

rretera cuando finalizaran el proyecto en el que los tres estaban trabajando.

El caso era que, en lo que concernía a su antiguo jefe, era mejor continuar siendo un objetivo móvil. Nunca se sabía cuánto tiempo pasaría antes de que apareciera una «misión especial» y Jim fuera llamado a filas de nuevo.

Mientras finiquitaba su cerveza, pensó que le iba bien tener sólo su ropa, su camioneta y aquella Harley estropeada. Estaba claro que no eran demasiadas cosas que ofrecer para tener treinta y nueve años...

Mierda... La fecha.

Tenía cuarenta. Esa noche era su cumpleaños.

—A ver, cuéntame —dijo Adrian, inclinándose—. ¿Estás casado, Jim? ¿Por eso pasas de Vestido Azul? Ven-ga ya, está buenísima.

—El físico no lo es todo.

—Sí, ya, pero está claro que tampoco hace daño.

La camarera se acercó y, mientras el resto pedía otra ronda, Jim le echó un vistazo a la mujer sobre la que estaban charlando.

Ella no apartó la mirada. No parpadeó. Se limitó a humedecer lentamente los labios rojos como si hubiera estado esperando a que él volviera a establecer contacto visual con ella.

Jim volvió a fijar la mirada en la Budweiser vacía y se movió en su sitio para cambiarse de posición, sintiéndose como si le hubieran metido brasas de carbón en los calzoncillos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. No se trataba de una época de escasez de lluvia, ni siquiera de sequía. Era más como el desierto del Sáhara.

Pues al parecer su cuerpo estaba listo para finalizar ese periodo en que lo único realmente activo había sido su mano izquierda.

—Deberías acercarte —dijo Adrian— y presentarte.

—Prefiero quedarme aquí.

—Lo que significa que puede que tenga que reconsiderar tu grado de inteligencia. —Adrian tamborileó con los dedos sobre la mesa y el pesado anillo de plata que llevaba resplandeció—. O al menos tu libido.

—Tú primero.

Adrian puso los ojos en blanco, claramente captando la idea de que no había ninguna posibilidad en lo que a Vestido Azul se refería.

—Vale, ya te dejo en paz.

El tío se recostó en el sofá para repanchingarse en él como lo estaba Eddie. Como era de esperar, no consiguió permanecer con la boca cerrada durante mucho tiempo.

—¿Os habéis enterado de lo del asesinato?

Jim frunció el ceño.

—¿Otro?

—Sí. Han encontrado un cadáver al lado del río.

—Suelen aparecer por ahí.

—¿En qué se está convirtiendo este mundo? —dijo Adrian, y se bebió de un trago lo que le quedaba de cerveza.

—Siempre ha sido así.

—¿Tú crees?

Jim se echó hacia atrás mientras la camarera plantaba las bebidas fresquitas delante de los chicos.

—No, lo sé.

Deinde, ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...

Marie-Terese Boudreau levantó la vista hacia la ventana enrejada del confesionario. Al otro lado del panel, el rostro del sacerdote se veía de perfil y lleno de sombras, pero ella sabía quién era él. Y él sabía quién era ella.

Sabía perfectamente lo que ella hacía y por qué tenía que ir a confesarse, al menos, una vez a la semana.

—Puedes irte, hija mía. Cuídate.

Mientras cerraba el panel que había entre ambos, el pánico se le agarró al pecho. En esos momentos de silencio después de confesar sus pecados, el lugar degradante en el que había acabado quedaba al descubierto, las palabras que pronunciaba emitían una brillante luz sobre la horrible forma en que pasaba sus noches.

Las desagradables imágenes siempre tardaban un poco en desaparecer. Pero el sentimiento asfixiante que le producía el saber adónde se dirigía a continuación no hacía más que empeorarlo.

Recogió su rosario, puso las cuentas y los eslabones en el bolsillo del abrigo y recogió el bolso del suelo. Unos pasos fuera del confesionario la hicieron quedarse allí.

Tenía sus razones para querer pasar desapercibida, algunas de las cuales no tenían nada que ver con su «trabajo».

Cuando el ruido sordo de los tacones se hizo más débil, abrió la cortina de terciopelo rojo y se fue.

La catedral de San Patricio de Caldwell era más o menos como la mitad de la de Manhattan, pero aun así era lo suficientemente grande como para sobrecoger incluso a los fieles más indiferentes. Con sus arcos góticos que parecían alas de ángeles y un techo tan alto que pare-

cía estar a sólo unos centímetros del cielo, se sintió a la vez indigna y agradecida de estar allí.

Y le encantaba el olor que había allí dentro. A cera de abejas, limón e incienso. Delicioso.

Mientras pasaba al lado de las capillas de los santos, iba entrando y saliendo del andamiaje que habían levantado para limpiar los mosaicos del triforio. Como siempre, las hileras de parpadeantes velas votivas y los tenues puntos de luz de las imágenes inmóviles la tranquilizaron, recordándole que había una paz eterna esperando al final de la vida.

Eso suponiendo que te dejaran cruzar las puertas del cielo.

Las puertas laterales de la catedral estaban cerradas a partir de las seis de la tarde y, como siempre, tuvo que salir por la entrada principal, algo que le parecía excesivo para ella. Aquellos paneles tallados eran mucho más apropiados para dar la bienvenida a los cientos de fieles que acudían a los servicios cada domingo... o para los invitados de bodas importantes... o para los fieles virtuosos.

No, ella era más una persona de las de puerta lateral.

Al menos, ahora lo era.

Justo cuando se estaba apoyando con todo su peso en la gruesa madera, oyó su nombre y miró por encima del hombro.

Allí no había nadie, al menos que ella viera. La catedral estaba vacía, ni siquiera había gente rezando en los bancos.

—¿Hola? —dijo, y su voz resonó—. ¿Padre?

No obtuvo respuesta, y un escalofrío le recorrió la espalda.

Con un rápido movimiento empujó su cuerpo contra la hoja izquierda de la puerta y salió a la fría noche de abril.

Juntó las solapas de su abrigo de lana y se apresuró. Sus zapatos bajos hacían *clip, clip, clip*, al golpear los escalones de piedra y la acera, mientras se dirigía hacia el coche. Lo primero que hizo cuando estuvo dentro fue poner el seguro de todas las puertas.

Jadeando, echó un vistazo a su alrededor. Las sombras serpenteaban en el suelo bajo los árboles sin hojas, y la luna se podía entrever tras las nubes vagabundas. La gente se movía en las ventanas de las casas al otro lado de la iglesia. Un coche familiar pasó lentamente.

No había ningún acosador, ningún hombre con pasamontañas negro, ningún agresor al acecho. Nadie.

Intentando controlarse, consiguió poner en marcha su Toyota y se aferró con fuerza al volante.

Después de echar un vistazo a los espejos, salió con cuidado a la calle y se internó en el centro de la ciudad. Por el camino, las luces de las farolas y de otros coches le iluminaban la cara e inundaban el interior del Camry, dejando ver la bolsa negra de lona que estaba sobre el asiento del acompañante. Dentro estaba el horrible uniforme que pensaba quemar en cuanto saliera de aquella pesadilla, junto con todo lo que se había tenido que poner sobre el cuerpo cada noche durante el último año.

La Máscara de Hierro era el segundo lugar donde ella había «trabajado». El primero había saltado por los aires hacía cuatro meses. Literalmente.

No se podía creer que siguiera aún en el negocio. Cada vez que hacía la bolsa se sentía como si volviera a estar inmersa en una pesadilla, y no estaba segura de si las confesiones en San Patricio mejoraban o empeoraban la situación.

A veces tenía la sensación de que todo aquello sólo servía para remover la mierda que era mejor que siguiera

enterrada, pero la necesidad de perdón era demasiado imperiosa como para resistirse.

Giró en la calle Trade y desfiló por delante de la concentración de clubes, bares y estudios de tatuaje que formaban Caldie Strip. La Máscara de Hierro estaba hacia el final y, como el resto, estaba a reventar todas las noches con su perpetua cola de aspirantes a zombis. Se metió por un callejón, dio un salto sobre el bache al lado de los contenedores y desembocó en el aparcamiento.

El Camry encajó perfectamente en un sitio que había al lado de la pared de ladrillo en el que se leía SÓLO PARA EMPLEADOS.

Trez Latimer, el dueño del club, insistía en que todas las mujeres que trabajaban para él usaran los espacios reservados que estaban más cerca de la puerta trasera. Era tan bueno como el reverendo en lo que a cuidar a sus empleados se refería, y todos se lo agradecían. Había una zona sórdida en Caldwell, y La Máscara de Hierro estaba justo en el meollo.

Marie-Terese salió del coche con su bolsa de lona y levantó la vista. Las brillantes luces de la ciudad eclipsaban las pocas estrellas que parpadeaban alrededor de las nubes irregulares, y el cielo parecía estar aún más lejos de lo que estaba.

Cerró los ojos y respiró profundamente unas cuantas veces aferrándose al cuello del abrigo. Una vez dentro del club, estaría en el cuerpo y en la mente de otra persona. De alguien a quien no conocía y que no quería recordar en un futuro. Alguien que le daba asco. Alguien a quien despreciaba.

Última respiración.

Justo antes de abrir los párpados, el pánico volvió a aflorar, haciendo que el sudor sustituyera al frío bajo su

ropa y sobre su frente. Con el corazón palpitando como si estuviera huyendo de un atracador, se preguntó cuántas noches más como ésta le quedarían. La ansiedad parecía empeorar cada semana, era como una avalancha que aceleraba, que la arrollaba, cubriéndola con un peso helado.

Pero no podía dejarlo. Aún estaba pagando sus deudas... Algunas financieras y otras que le parecían existenciales. Hasta que volviera a estar en el punto de partida, necesitaba quedarse donde no quería estar.

Y además, se dijo a sí misma que no quería dejar de sentir esa horrible ansiedad. Significaba que no había sucumbido completamente a las circunstancias y que, al menos, una parte de su verdadero yo seguía vivo.

No por mucho tiempo, puntualizó una vocecilla.

La puerta trasera del club se abrió y una voz con fuerte acento pronunció su nombre de la manera más hermosa posible.

—¿Estás bien, Marie-Terese?

Ella abrió de golpe los ojos, se puso la máscara y se dirigió con calma deliberada hacia su jefe. Sin duda, Trez la había visto por una de las cámaras de seguridad; Dios sabía que estaban por todas partes.

—Estoy bien, Trez, gracias.

Él le abrió la puerta y, mientras entraba, sus ojos negros la analizaron. Con una piel del color del café, un rostro que parecía etíope por la suavidad de su estructura ósea y unos labios perfectamente simétricos, Trez Latimer era muy guapo. Aunque para ella lo más atractivo de él eran sus modales. El tío había hecho de la galantería toda una ciencia.

Aunque era mejor no llevarle la contraria.

—Haces lo mismo todas las noches —le dijo mientras cerraba la puerta tras ellos y echaba el cerrojo—. Te quedas de pie al lado del coche y miras al cielo. Todas las noches.

—¿Sí?

—¿Te preocupa alguien?

—No, pero si así fuera, te lo contaría.

—¿Te preocupa algo?

—No. Estoy bien.

Trez no parecía convencido mientras la escoltaba hasta el vestuario de las chicas y la dejaba en la puerta.

—Recuerda, estoy disponible veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Puedes hablar conmigo cuando quieras.

—Lo sé. Y te lo agradezco.

Él se llevó la mano al corazón e hizo una pequeña reverencia.

—De nada. Cuídate.

El vestuario tenía las paredes recubiertas de taquillas metálicas alargadas y lo atravesaban bancos atornillados al suelo. Contra la pared del fondo, ante un espejo de corista con luces había un tocador de dos metros de largo lleno de maquillaje, y había pelucas, ropa minúscula y zapatos de tacón de aguja por todas partes. El aire olía a sudor femenino y a champú.

Como siempre, tenía el sitio para ella sola. Era siempre la última en llegar y la primera en irse, y ahora que estaba en modo trabajo no había vacilaciones ni interrupciones en la rutina.

El abrigo dentro del armario. Lo primero, zapatos de calle fuera. Quitarse la goma del pelo de la cola de caballo. Abrir la bolsa de lona de un tirón.

Los vaqueros, el jersey blanco de cuello vuelto y el forro polar azul marino fueron sustituidos por un conjunto que no se pondría en Halloween ni muerta: una falda microscópica de *lycra*, una camiseta de cuello *halter* que le llegaba por debajo de las costillas, medias con la parte superior de encaje y unos tacones de putón verbenero que le oprimían los dedos de los pies.

Todo negro. El negro era el color oficial de La Máscara de Hierro y también lo era del anterior club.

Nunca se vestía de negro cuando no estaba trabajando. Cuando llevaba un mes en esa pesadilla, había tirado toda la ropa que tenía que tuviera algo negro, hasta el punto que había tenido que salir a comprar algo que ponerse en el último funeral al que había asistido.

Ante el espejo iluminado, pulverizó sus cinco toneladas de pelo negro con laca y luego se abrió paso entre las paletas de sombras de ojos y colorete para elegir colores oscuros y brillantes, que eran casi tan inocentes como el desplegable central de *Penthouse*. Rápidamente, se pintó la raya del ojo a lo *Ozzy Osbourne* y se puso unas pestañas postizas.

Lo último que hizo fue sacar del bolso una barra de labios. Nunca compartía las barras de labios con las otras chicas. Supervisaban todo minuciosamente cada mes, pero no quería arriesgarse: tal vez ella controlase lo que hacía y fuera escrupulosa al máximo en lo que a seguridad se refería. Pero tal vez las otras chicas tenían unos parámetros diferentes.

El brillo rojo sabía a fresa de plástico, pero la barra de labios era fundamental. Nada de besos. Nunca. La mayoría de los hombres lo sabía, pero con una capa de carmín ponía punto final a cualquier debate: ninguno de ellos que-

ría que sus mujeres o novias supieran qué habían estado haciendo en la «noche de chicos».

Evitando mirar su reflejo, Marie-Terese le dio la espalda al espejo y se dirigió hacia fuera para enfrentarse al ruido, a la gente y al trabajo. Mientras recorría el largo y lúgubre pasillo hasta el club propiamente dicho, la base de la música se iba oyendo cada vez más alta, al igual que el sonido de su corazón, que le golpeaba en los oídos.

Tal vez eran una sola cosa.

Al final del pasillo el club se desplegó ante ella, con sus paredes de color púrpura oscuro, el suelo negro y el techo rojo tan escasamente iluminado que era como entrar en una cueva. El ambiente era sexualmente desinhibido, con mujeres bailando en jaulas de hierro forjado, cuerpos moviéndose de dos en dos o de tres en tres y música erótica y psicodélica que inundaba el aire denso.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, analizó a los hombres aplicando unos baremos que le gustaría no haber adquirido nunca.

No adivinabas si serían posibles clientes por la ropa que llevaban, ni por con quién estaban ni por si llevaban alianza. Ni siquiera se trataba de cómo te miraban, porque todos los hombres te hacían un barrido de arriba abajo. En lo que se diferenciaban los posibles clientes era en que se te quedaban mirando con algo más que avaricia: mientras recorrían tu cuerpo con la mirada, el acto ya estaba hecho, en lo que a ellos se refería.

A ella, sin embargo, no le molestaba. Ningún hombre le podía hacer nada peor de lo que le habían hecho ya.

Y había dos cosas que tenía claras: las tres de la mañana llegaban tarde o temprano. Y al igual que su turno, esta fase de su vida no iba a durar eternamente.

En sus momentos más lúcidos y menos depresivos, se decía a sí misma que esta mala racha era algo que iba a superar y de lo que iba a salir, como si su vida tuviera la gripe: aunque era difícil tener fe en el futuro, debía confiar en que un día se levantaría, miraría hacia el sol y descubriría que la enfermedad había desaparecido y que la salud había vuelto.

Eso suponiendo que se tratara sólo de la gripe. Si por lo que estaba pasando era algo más parecido a un cáncer... Entonces tal vez una parte de ella se había ido para siempre, perdiéndose por culpa de la enfermedad.

Marie-Terese desconectó el cerebro y avanzó entre la multitud. Nadie había dicho nunca que la vida fuera divertida o fácil o incluso justa, y a veces hacías cosas para sobrevivir que resultaban total y absolutamente incomprensibles para la parte más familiar de tu cerebro.

Pero en la vida no existían los atajos, y tenías que pagar por tus errores.

Siempre.